CAPÍTULO XVIII.

De lo que sucedió á don Quijote en el castillo ó casa del Caballero del Verde Gabán con otras cosas extravagantes

Halló Don Quijote ser la casa de Don Diego de Miranda ancha como de aldea; las armas empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle, la bodega en el patio, la cueva en el portal, y muchas tinajas á la redonda, que por ser del Toboso le renovaron las memorias de su encantada y trasformada Dulcinea; y sospirando sin mirar lo que decía ni delante de quien estaba, dijo:

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!

¡Oh tobosescas tinajas, que me habéis traído á la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura!

Oyóle decir esto el estudiante poeta hijo de Don Diego, que con su madre había salido á recibirle, y madre é hijo quedaron suspensos de ver la extraña figura de Don Quijote, el cual apeándose de Rocinante fué con mucha cortesía á pedirle las manos para besárselas, y Don Diego dijo:

—Recibid, señora, con vuestro sólito agrado al señor Don Quijote de la Mancha, que es el que tenéis delante, andante caballero, y el más valiente y el más discreto que tiene el mundo.

La señora, que Doña Cristina se llamaba, le recibió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía, y Don Quijote se le ofreció con asaz de discretas y comedidas razones. Casi los mismos comedimientos pasó con el estudiante, que en oyéndole hablar Don Quijote le tuvo por discreto y agudo.

Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de Don Diego, pintándonos en ella lo que contiene una casa de un caballero labrador rico; pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venían bien con el propósito principal de la historia, la cual más tiene su fuerza en la verdad, que en las frías digresiones. Entraron á Don Quijote en una sala, desarmóle Sancho, quedó en valones y en jubón de camuza, todo bisunto con la mugre de las armas: el cuello era valona á lo estudiantil, sin almidón y sin randas; los borceguíes eran datilados, y encerados los zapatos.

Ciñóse su buena espada, que pendía de un tahalí de piel de un lobo marino que es opinión que muchos años fué enfermo de los riñones, y cubrióse con un herreruelo de buen paño pardo; pero antes de todo con cinco calderos ó seis de agua (que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia) se lavó la cabeza y rostro, y todavía se quedó el agua de color de suero, merced á la golosina de Sancho y á la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron á su amo.

Con los referidos atavíos y con gentil donaire y gallardía salió Don Quijote á otra sala donde el estudiante le estaba esperando para entretenerle en tanto que las mesas se ponían, que por la venida de tan noble huésped quería la señora Doña Cristina mostrar que sabía y podía regalar á los que á su casa llegasen. En tanto que Don Quijote se estuvo desarmando, tuvo lugar Don Lorenzo (que así se llamaba el hijo de Don Diego) de decir á su padre:

—¿Quién diremos, señor, que es este caballero que vuestra merced nos ha traído á casa? que el nombre, la figura y el decir que es un caballero andante, á mí y á mi madre nos tiene suspensos.

—No sé lo que te diga, hijo, respondió Don Diego: sólo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos: háblale tú, y toma el pulso á lo que sabe, y pues eres discreto, juzga de su discreción ó tontería lo que más puesto en razón estuviere, aunque para decir verdad, antes le tengo por loco que por cuerdo.

Con esto se fué Don Lorenzo á entretener á Don Quijote, como queda dicho, y entre otras pláticas que los dos pasaron, dijo Don Quijote á Don Lorenzo:

El señor Don Diego de Miranda, padre de vuesa merced, me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que vuesa merced tiene, y sobre todo que es vuesa merced un gran poeta.

—Poeta bien podrá ser, respondió Don Lorenzo, pero grande, ni por pensamiento; verdad es que yo soy algún tanto aficionado á la poesía y á leer los buenos poetas; pero no de manera que se me pueda dar el nombre de grande que mi padre dice.

—No me parece mal esa humildad, respondió Don Quijote, porque no hay poeta que no sea arrogante, y piense de sí que es el mayor poeta del mundo.

—No hay regla sin excepción, respondió Don Lorenzo, y alguno habrá que lo sea y no lo piense.

—Pocos, respondió Don Quijote; pero dígame vuesa merced, ¿qué versos son los que ahora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo? Y si es alguna glosa, á mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaría saberlos; y si es que son de justa literaria, procure vuesa merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor ó la gran calidad de la persona; el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene á ser segundo, y el primero á esta cuenta será el tercero al modo de las licencias que se dan en las universidades; pero con todo esto, gran personaje es el nombre de primero.

—Hasta ahora, dijo entre sí Don Lorenzo, no os podré yo juzgar por loco, vamos adelante, y díjole:

—Paréceme que vuesa merced ha cursado las escuelas; ¿qué ciencias ha oído?

—La de la caballería andante, respondió Don Quijote, que es tan buena como la de la poesía, y aun dos deditos más.

—No sé qué ciencia sea esa, replicó Don Lorenzo, y hasta ahora no ha llegado á mi noticia.

—Es una ciencia, replicó Don Quijote que encierra en sí todas ó las más ciencias del mundo, á causa que el que la profesa ha de ser jurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar á cada uno lo que es suyo y lo que le conviene: ha de ser teólogo, para saber dar razón de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, adonde quiera que le fuere pedido: ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas; que no ha de andar el caballero andante á cada triquete buscando quien se las cure: ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla: ha de saber las matemáticas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad dellas; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, descendiendo á otras menudencias, digo, que ha de saber nadar, como dicen que nadaba el pejo Nicolás ó Nicolao: ha de saber herrar un caballo, y aderezar la silla y el freno; y volviendo á lo de arriba, ha de guardar la fe á Dios y á su dama: ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla.

De todas estas grandes y mínimas partes se compone un buen caballero andante, porque vea vuesa merced, señor Don Lorenzo, si es ciencia mocosa la que aprende el caballero que la estudia y la profesa, y si se puede igualar á las más estiradas que en los ginasios y escuelas se enseñan.

—Si eso es así, replicó Don Lorenzo, yo digo que se aventaja esa ciencia á todas.

—¿Cómo si es así? respondió Don Quijote.

—Lo que yo quiero decir, dijo Don Lorenzo, es que dudo que haya habido ni que los haya ahora caballeros andantes y adornados de virtudes tantas.

—Muchas veces he dicho lo que vuelvo á decir ahora, respondió Don Quijote, que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes; y por parecerme á mí que, si el cielo milagrosamente no les da á entender la verdad de que los hubo y de que los hay, cualquier trabajo que se tome ha de ser en vano, como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia, no quiero detenerme ahora en sacar á vuesa merced del error que con los muchos tiene; lo que piensa hacer es rogar al cielo le saque dél, y le dé á entender cuán provechosos y cuán necesarios fueron al mundo los muchos tiene; lo que pienso hacer es rogar al cielo le saque dél, el presente si se usaran: pero triunfan ahora por pecados de las gentes la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo.

—Escapado se nos ha nuestro huésped, dijo á esta sazón entre sí Don Lorenzo: pero con todo eso él es loco bizarro, y yo sería mentecato flojo si así no lo creyese. Aquí dieron fin á su plática porque los llamaron á comer. Preguntó Don Diego á su hijo qué había sacado en limpio del ingenio del huésped. A lo que él respondió:

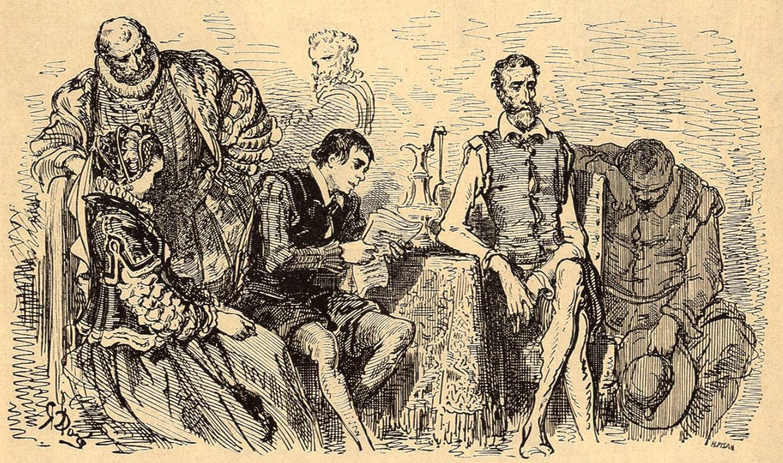
—No le sacarán del borrador de su locura cuántos médicos y buenos escribanos tiene el mundo: él es un entreverado loco lleno de lúcidos intervalos.

Fuéronse á comer, y la comida fué tal como Don Diego había dicho en el camino que la solía dar á sus convidados, limpia, abundante y sabrosa; pero de lo que más se contentó Don Quijote fué del maravilloso silencio que en toda la casa había, que semejaba un monasterio de cartujos. Levantados, pues, los manteles, y dadas gracias á Dios y agua á las manos, Don Quijote pidió ahincadamente á Don Lorenzo dijese los versos de la justa literaria. A lo que él respondió:

—Por no parecer de aquellos poetas que cuando les ruegan digan sus versos los niegan, y cuando no se los piden los vomitan, yo diré mi glosa de la cual no espero premio alguno, que solo por ejercitar el ingenio la he hecho.

—Un amigo y discreto, respondió Don Quijote, era de parecer que no se había de cansar nadie en glosar versos, y la razón, decía él, era, que jamás la glosa podía llegar al texto, y que muchas ó las más veces iba la glosa fuera de la intención y propósito de lo que pedía lo que se glosaba; y más que las leyes de la glosa eran demasiadamente etrechas, que no sufrían interrogantes, ni "dijo," ni "diré," ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras y estrechezas con que van atados los que glosan, como vuesa merced debe de saber.

—Verdaderamente, señor Don Quijote, dijo Don Lorenzo, que



deseo coger á vuesa merced en un latín continuado, y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila.

—No entiendo, respondió Don Quijote, lo que vuesa merced dice ni quiere decir en eso del deslizarme.

—Yo me daré á entender, respondió Don Lorenzo, y por ahora esté vuesa merced atento á los versos glosados y á la glosa, que dicen desta manera:

Si mi fué tornase á es,
in esperar más será,
ó viniese el tiempo ya
de lo que será después.

GLOSA

Al fin como todo pasa,
se pasó el bien que me dió
fortuna un tiempo no escasa,
y nunca me le volvió,
ni abundante ni por tasa.
Siglos há ya que me ves,
fortuna, puesto á tus pies,
vuélveme á ser venturoso,
que será mi ser dichoso
"si mi fué tornase á es."

No quiero otro gusto ó gloria,
otra palma ó vencimiento,